



CAPÍTULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

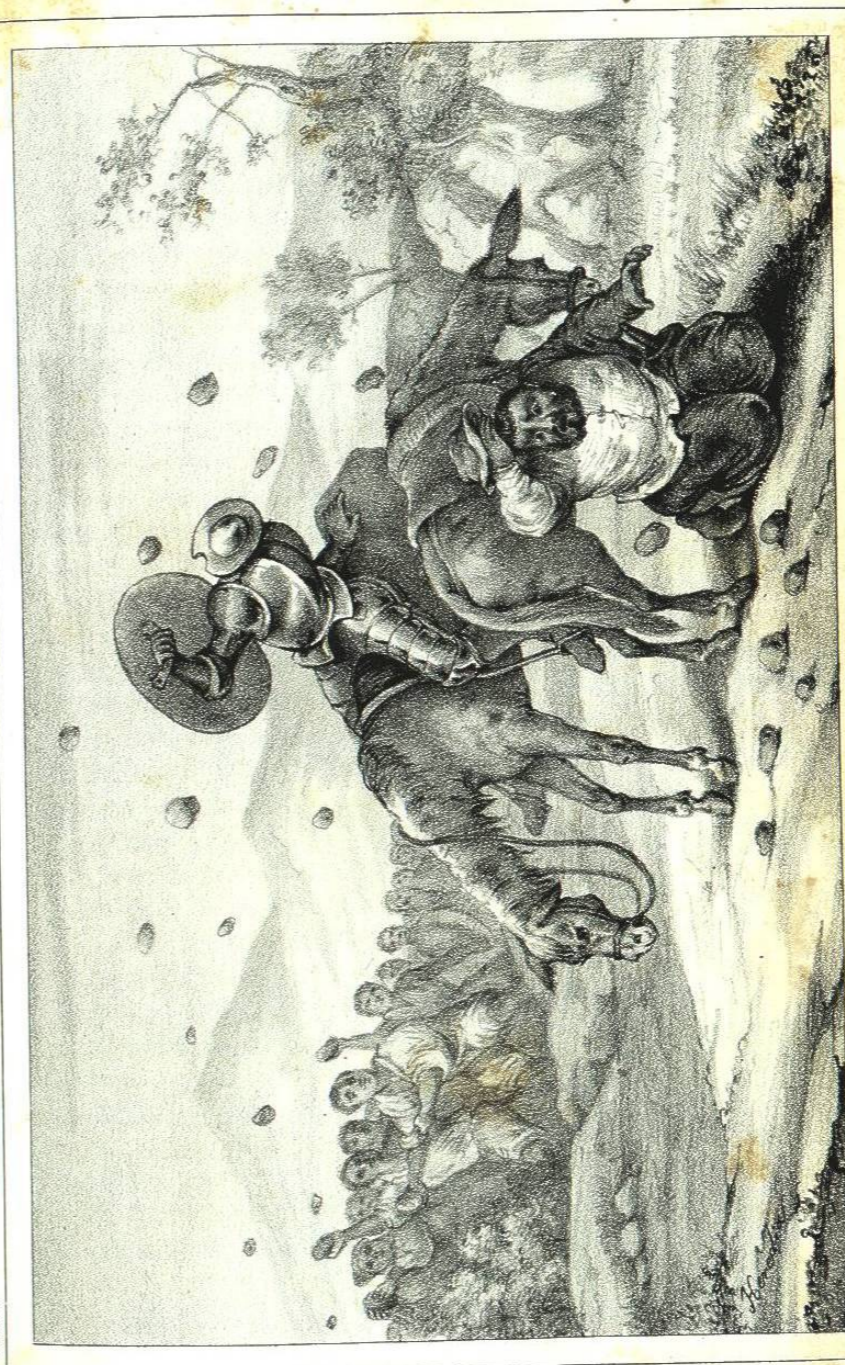
VIÉNDOSE tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en el mar: si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.—Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creído se hubiera escusado este daño, creame ahora, y se escusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos.—Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete Mancebos¹, y á

¹ Así se lee en las primeras ediciones; pero acaso en el original del autor se leeria *Macabeos*, palabra fácil de equivocarse en la imprenta con la de *mancebos*. En la historia eclesiástica se habla de siete hermanos mártires; pero no consta que fuesen mancebos, y la hermandad mas famosa y conocida es la de los siete Macabeos.

Cap. XXIII.

DON QUIJOTE.

Tomo I.

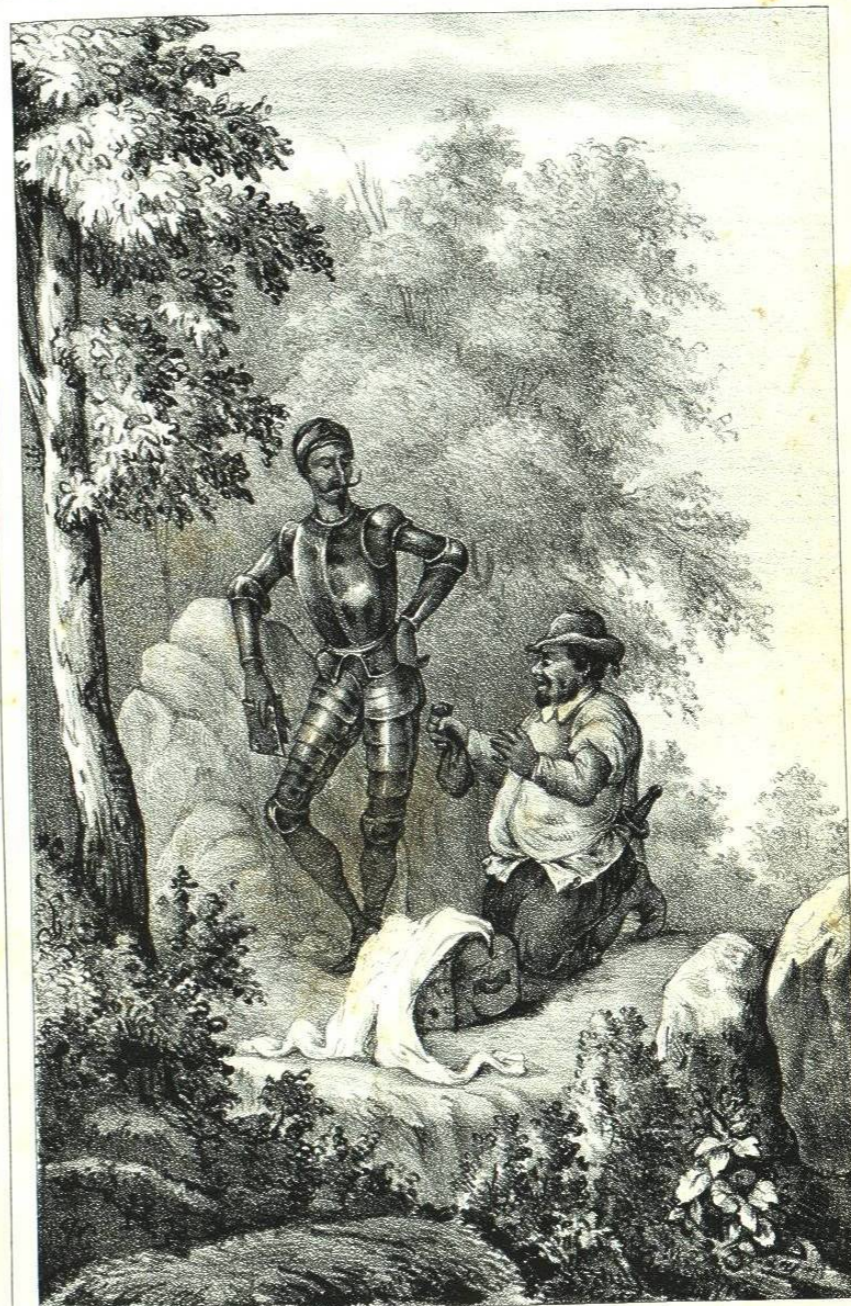


Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.—Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza; y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que, aunque safo y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió Don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodovar del Campo, y escondérse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase: animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba; y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun la opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron que de la cadena por virtud y locura de Don Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la mesma parte donde habia llevado á Don Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe¹, y el remedio presente venza á lo porvenir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el cual vién-

¹ Así en todas las ediciones. Acaso en el original del autor se dirá á lo que no se debe.

dose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡O hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis que ganabas cada dia, mediaba yo mi despensa! Don Quijote que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á Don Quijote la merced que le hacia. El cuál como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánsele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio¹, sacando de un costal y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dió prisa á llegar á ayudarle si fuese menester; y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo, no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: ¡Bendito sea todo el cielo que nos ha

¹ En la edicion de 1605 se decia en este lugar: *sentado á mugeriegas sobre su jumento*, y esta es la primera vez que el autor corrigió en la de 1608, el descuido de introducir á Sancho sobre su asno, hurtado ya por Pasamonte: y aunque lo enmendó tambien en otras ocasiones, pero no en todas.



deparado una aventura que sea de provecho! y buscando mas, halló un librito de memoria ricamente guarnecido: este le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo:—Páreceme, Sancho, (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole mandrines, le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.—No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.—Verdad dices, dijo Don Quijote, y así no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.

Pero si amor es Dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un Dios no sea cruel. ¿Pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.—¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote.—Páreceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo.—No dije sino Fili, respondió Don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé

poco del arte.—¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas?—Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor.—Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quijote, y dijo:—Esto es prosa, y parece carta.—¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho.—En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote.—Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores.—Qué me place, dijo Don Quijote; y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia de esta manera.

“Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desechásteme ¡ó ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara dichas propias: lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedas arrepentida de lo que heciste, y yo no tome venganza de lo que no deseo.”

Acabando de leer la carta, dijo Don Quijote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdenado amante: y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella ni en el cojín que no buscarse, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar

del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con estraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés descalzos y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquel era el dueño del cojín y de la maleta, y propuso en sí de buscarle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del asno y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante.—No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones: y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.—Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz